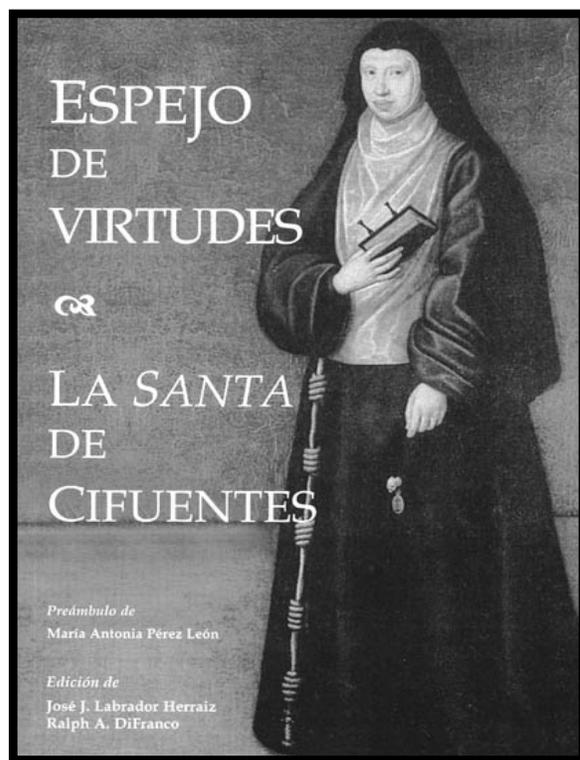


Eds. José J. Labrador Herraiz, & Ralph A. DiFranco. Pról. María Antonia Pérez León (Presidenta de la Diputación de Guadalajara). *Espejo de virtudes. La santa de Cifuentes*. Guadalajara: Diputación de Guadalajara, 2009. 452 pp. ISBN: 978-84-92502-01-1

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña  
University of California Santa Barbara



Estamos ante una entrega que difiere un tanto de aquellas a las que nos tiene acostumbrados el equipo formado por Labrador & DiFranco con respecto a cancioneros y poesía lírica áurea. En este caso se trata de la edición y breve estudio introductorio del *Espejo de virtudes*, biografía de la afamada santa de Cifuentes, Francisca Inés de la Concepción (1551-1620, hija de Fernando de Molina y María de Olmedo), abadesa del convento de Nuestra Señora de Belén de Cifuentes y fundadora del de Nuestra Señora de las Misericordias de Oropesa, recoletas de la Orden Tercera, escrita por el padre Fr. Lope Páez, predicador apostólico y visitador general de la Tercera Orden de Penitencia en las Provincias de España. El libro se publicó en Toledo (Juan Ruiz de

Pereda, 1653) a expensas de Don Miguel de Cardona, inquisidor del tribunal del Santo Oficio de Cerdeña, capellán de honor de Su Majestad, canónigo de la Santa Iglesia de Toledo y sobrino de la santa.

La obra pertenece –a medio camino– a la literatura visionaria típica del Barroco español y a la devocional. Es también libro de fiestas, así como de medicina y de viajes, en suma un recorrido por el caminar vital de la *Santa de Cifuentes*. La misma Santa, por su parte, es ejemplo de ese grupo de *beatas* del Siglo de Oro que (Haliczzer, Cortijo Ocaña), por toda la Europa católica y contrarreformista, darán amplia cuenta del poder femenino para escapar a los moldes rígidos de la práctica religiosa ortodoxa. Se trata de “un libro piadoso de cabecera de un creyente [...], de un libro de historia en el que abundan nombres ilustres de aquellos que eran los amos y señores de nuestra comarca [...], un recorrido por la intrahistoria que conforma las vidas de unas familias nobles con el cotidiano quehacer de un convento en un pueblo alcarreño.”

Es también la llave que nos abre la puerta de la vida interior de ese convento, que nos descubre sus secretos y nos mete en la intimidad más sagrada de una mujer y monja [...]: sus sacrificios, padecimientos, enfermedades, privaciones, esperanzas, tentaciones, escrúpulos y abatimientos. Nos habla de su vida ascética, mediante la cual obtuvo el privilegio de ver el Cielo, hablar con Cristo, dialogar con María, con los ángeles... (16-17)

Si hubiera que destacar dos temáticas en el libro, en esencia no muy diferentes ya que relatan la *peregrinatio* vital de su autora, estas serían la del viaje que tiene lugar de la Alcarria a Madrid y a Oropesa, donde la santa acaba fundando, por instigación del quinto conde de Oropesa, el convento de Nuestra Señora de las Misericordias, y la de las “profecías, visiones, arrobos y milagros” que se nos relatan. La lectura de la obra, dicen los editores, es “siempre amena y a veces hasta fascinante”, con “brillantez descriptiva, [...] precioso uso del lenguaje [...] [y] estilo barroco propio del momento” (21).

La santa sigue una línea no diferente de otras beatas del momento (por ejemplo la de Catalina de Cardona), en que destacan su hermosura natural (y los pretendientes que ello la conlleva), su devoción temprana, sus muestras precoces de devoción exaltada, su entrada en religión en el convento de Belén (Cifuentes) (Orden Tercera de religiosas de San Francisco) y la protección noble de que disfruta por parte de los condes de Cifuentes. De añadidura, a su fama de santidad se une irremediamente su trajín con la Inquisición (por parte del inquisidor Arganda del obispado de Cuenca),<sup>1</sup> del que salió a la postre bien parada y sin aparentes acusaciones contra su ortodoxia. Su salida de Cifuentes hacia Oropesa (1618) se produce, a la par que en olor de santidad, entre las protestas de los habitantes alcarreños, que –encabezados por el duque de Pastrana y señor de Cifuentes– se amotinaron para impedir su salida, aunque al final la santa hubo de obedecer a sus superiores. Allí moriría apenas dos años después de llegada (1620). “Fue tal”, dicen los editores, “el concurso de gente que se despoblaron los lugares para verla” (31). Asimismo, y como prueba final de su santidad, su cuerpo permaneció incorrupto, como tuvieron ocasión de comprobar cuando a los cinco años de enterrada la sacaron para obtener prueba de ello. Fray Lope Páez –que de hecho es testigo de este desenterramiento– escribe esta biografía (el *Espejo de virtudes*) con las anécdotas e información que sobre la santa le proporcionan sus sucesoras en el convento de Cifuentes.

El libro es un recorrido por el alma religiosa barroca de la España del momento. En ella no puede simplemente despacharse su credulidad con un simple comentario a

---

<sup>1</sup> “Vino a Cifuentes el recto, severo y riguroso inquisidor Arganda, el cual pasó muchos días examinando a sacerdotes, monjas y seglares sobre la conducta de sor Francisca, y preguntándole cosas dificultosas sobre la Fe y las Escrituras. [...] Aclarado el caso, el mismo inquisidor regresó a Cifuentes más firme en su fe que cuando llegara a Cifuentes” (31).

la gazmoñería y superstición de los practicantes, pues se caería en el craso error de no comprender la especial relación que con el fenómeno religioso y espiritual (*re-ligio*) guarda esta época. La vida de la *Santa de Cifuentes*, en palabras de su biógrafo, se presenta –como en todo texto hagiográfico– como una *imitatio Christi*. Por ello, dice fr. Lope Páez, “treinta y tres capítulos tiene este libro, por la devoción que ella tuvo a los treinta y tres años de la vida de Cristo, Redentor nuestro, y en cada uno antepongo doctrina del Evangelio, Profetas y Doctores para exhortar y alentar al lector al seguimiento de las virtudes en que ella más se ejecitó” (*Prólogo al lector*). Continúa dando una explicación del porqué del título:

Este nombre da san Gregorio a las Escrituras Divinas, diciendo: ‘Que ellas son el espejo puro y cristalino en que se miran la hermosura o fealdad del alma y hombre interior y que en ellas sentirá el que sin amor propio se mirare cuánto aprovechamos en las virtudes o cuán lejos estamos dellas.’ (*ibid.*)

El lector, en suma, tiene ante sí un modelo de virtud y un ejemplo de comportamiento, que debe imitarse del modo que la santa de Cifuentes toma la *vita Christi* como modelo de su propia conducta.

Los capítulos del libro dan cuenta de la vida y muerte de la santa, divididos en esa estructura tripartita presente en todo texto hagiográfico: preparación para la santidad, vida como tal, muerte (milagros en vida y en muerte). Repasan el nacimiento de la santa, su familia y educación, sus “continuos ejercicios de virtud” hasta que entró en religión, la recepción del hábito, su profesión, su oficio de maestra de novicias, su elección como abadesa, “de la oración y preferencia de Dios de la santa madre”, de sus penitencias, ayunos y mortificaciones, de su pobreza y amor a los pobres, de las continuas persecuciones que padeció de los hombres, “de las tentaciones, combates y victorias que tuvo del Demonio”, de raptos y éxtasis divinos, del don de la profecía, de su discreción de espíritus, de su devoción a los difuntos (con varios casos de aparecimientos de los mismos y de otras almas del Purgatorio), de su devoción a la Virgen, al Nacimiento y la Pasión de Cristo, de su devoción a santa Inés, del viaje (jornada) de Cifuenta a Oropesa y fundación del convento de las Misericordias, de su muerte y entierro y de sus milagros.

Quizá nos quedamos, entre toda la obra, como ha hecho la crítica, con el relato detallado del cap. XVI, en que se relatan las “Tentaciones, combates y vitorias que tuvo del Demonio.” No se trata de una demorada relación del desmoronarse de la condición humana en el “lago profundo y miserable de la culpa”, sino un canto al optimismo de la misma y a su capacidad de superación (por la fe y fortaleza divinas, para la santa). La de Cifuentes, desde joven, tuvo una especial relación con el Demonio, que en forma de tentaciones diversas intentó apartarla de sus piadosas ocupaciones y hasta de su llamada vital a la profesión religiosa. Ya después de monja, por ejemplo, y cuando se hallaba en su más fervorosa ocupación de noche en el

convento, “con varias ilusiones y deshonestas torpezas la representaba en traje lascivo al esposo que había de ser suyo” (37). La intentó apartar de la oración con representaciones e imágenes diversas; le hizo pensar, durante una comida, que tenía un lagarto en la garganta que la ahogaba; o que le echaba cosas asquerosas en la bebida; o que la asediaba, con sus adláteres, en el Coro; o que la quemaba con “tizones, brasas y fuego.” Otra noche se la apareció en forma de Cristo,

alabándola todas sus obras y acciones, de que se daba por bien servido, pero mandóla que no trasnochase tanto, ni se quedase de noche en el Coro, sino que velase en oración hasta las diez o las once y se recogiese a dormir en su celda y se levantase a las cinco o seis de la mañana, mirando por su salud. (39)

Tras consultar con un sacerdote y perseverar en su intención, el Demonio se le apareció varias veces más. Al fin, la santa le dijo: “Exurgat Deus, etc.”, y

él desapareció como si dispararan un arcabuz; y al salir de la puerta del Coro dijo: “Noramala para vos y para quien os enseñó los latines”. (*ibid.*)

De hecho, a lo largo de la obra parece representarse una especie de farsa medieval en que se manifiesta la lucha enconada entre Demonio / Santa, que se salda siempre con la victoria de la última gracias a la intercesión divina y que se relata indefectiblemente con un tono entre burlón y desenfadado muy peculiar de esta narración:

En otros capítulos desta historia veremos muchos más enredos y astucias con que procuraba engañarla y muchas virtudes y cautelosas invenciones santas con que quedaba engañado, y ella con vitoria. (39-40)

La obra concluye con el recuerdo de la exhumación del cadáver incorrupto de la santa, que “después de haber sido tan rigurosamente tratado con penitencias y enterrado cinco años entre agua y lodo [...], se puede colegir parte de lo mucho que su Esposo Cristo la honró, y quiere que honrándola la imitemos” (94).

El exceso barroco encuentra así acomodo en una visión del mundo en que la lucha entre el bien y el mal, la dicotomía entre tranquilidad (*quies*) y angustia, ansiedad u obsesión psíquicas (*caos, desorden*), se resuelve siempre mediante las nociones de fe, confianza y amor, para las cuales sirven de magisterio especial el modelo de la vida de Cristo y el de quienes en imitación suya han logrado alcanzar una altura excepcional como atletas del cuerpo y del alma. Entre ellos, la santa de Cifuentes.

Obras citadas

- Cortijo Ocaña, Antonio. "El discurso barroco religioso: tres casos 'portugueses'." *Estudios Portugueses* 3 (2003): 129-42.
- Haliczer, Stephen. *Female Mystics in the Golden Age of Spain. Between Exaltation and Infamy*. Oxford: University Press, 2002.